

Siempre estamos necesitados de que la Providencia nos conceda algunas cosas, para eso debemos pedir las y este es el momento. Que aprendamos de Jesús a ser generosos que la eucaristía nos dé fuerzas para evangelizar. ¡Señor!, escucha nuestras oraciones, que con humildad te presentamos:

Por uno que se casó
y fue una cosa tan rara
que a seis meses no llegara
cuando su mujer parió.
Tan contento y con placer
él me dijo: -"Si lo vieses,
lo que otra hace en nueve meses
lo hace en cinco mi mujer".
TE LO PEDIMOS, SEÑOR

Por nuestro hermano Guillermo Bauza.
A quien hace ya algún mes
la cartera le birlaron
y con ella se llevaron
la VISA del Corte Inglés.

Y al transcurrir tanto día
sin denunciar lo pasado
su hijo ya un tanto escamado
las razones le pedía.

- "¡Pues mira!", le aclaró el padre,
- "si oculté la sustracción
ha sido porque el ladrón
gasta menos que tu madre".
TE LO PEDIMOS, SEÑOR

Por José Ramón, el secretario,
que los domingos él suele
ver la misa por la tele
sentadito en su sillón.
Pero es tan roñica el menda
que cuando ve al monaguillo
presto a pasar el cepillo
apaga el televisor,
TE LO PEDIMOS, SEÑOR

Por un cura de Laguardia
que a una joven vivaracha
preguntó en cierta ocasión:
-"¿Cómo te llamas muchacha?"
respondióle: "Encarnación".
"Tal Misterio te explicara",
muy cortés díjole él luego,
y ella afirmó: - lo apreciara,
pero ya lo hace el de Elciego
que tiene la voz más clara".

TE LO PEDIMOS, SEÑOR

ENTIERRO DE BARRIHUELO 2011

Al tiempo que en el ocaso
su llama el sol va escondiendo,
negras sombras enfrentaban
tanto a tierras como a cielo.

Entró la noche, y con ella,
la bulla, el tumulto, el eco
del concurso de la danza
y de la orquesta el estruendo,
que en aquella humilde estancia
se percibía a lo lejos.

En el umbral de la muerte,
falto de acción y de aliento,
descolorido el semblante
y agonizantes sus miembros,
yacía sobre un camastro
nuestro hermano Barrihuelo.

Puesto ya un pie en el estribo
de un corcel gélido y negro,
de terror temblaba su alma,
temblaba de frío el cuerpo.

Cerró los ojos y puso
la cabeza sobre el pecho,
tomando la eucaristía
y en Dios su deseo puesto.

El doliente, que hasta entonces
permanecía en silencio,
tras un profundo suspiro
súbito saltó diciendo:

“**A**diós que muriendo estoy;
y por la fe con que muero
y en la congoja en que me hallo,
en este instante no quiero
dejar lo que siempre fui
y decir lo ahora que siento”.

Y ahora, por Dios, permitidme
algo que anhelo hace tiempo,
ocho años exactamente
que he esperado este momento.

Mas para que este hecho ocurra
he de violar un precepto,
precepto que hasta hoy cumplí
con rigor, prudencia y celo
y era no hablar de este tema
en mis exequias o entierro.

No he podido remediarlo,
lo siento mucho, ilo siento!,
y el poder ahora contarle
es para mi un gran sosiego.

La historia en sí se remonta
al dos mil tres, en efecto;
era un año de elecciones
municipales, recuerdo,
do tres o cuatro partidos
se presentaban sabiendo,
que de todos, siete ediles,
siete eran, ni más ni menos,
quienes luego regirían
el devenir de este pueblo.

Ante mi cuerpo ya inerte
leáis mi testamento,

cuando llegó aquel instante
de recitar unos versos,
que más que escritos con tinta
grabados los tengo a fuego
y que ahora reproduzco
sin tocar coma ni acento:

- "Las abarcas que yo calzo,
de tanta fiesta maltrechas,
a los flamantes ediles
que recién mandato estrenan,
las dejo como legado
de mi corta y parva herencia;
y así, los pasos a dar
por tan agreste vereda,
colmados estén de aciertos
de sensatez y prudencia.

Y a quienes tras vano intento
no obtuvieron recompensa,
no puedo sino pedirles
cuatro años más de paciencia.

Por ello, los caramelos
que mi humilde hatillo encierra,
empléenlos si es posible
para endulzarles la espera".

Esto es lo que entonces dije,
y esto fue, ni más ni menos
la causa de un gran enfado
y desmedido cabreo.

Y hoy que han cambiado las tornas
en relación al concejo,
a mí no me duelen prendas
en volver de nuevo a hacerlo.

Principalmente son dos
las razones que yo tengo
y aunque suene petulante
lo digo como lo siento:
una es porque me lo avalan
mi decoro y mi respeto,
y la otra es porque me sale
de los mismísimos huevos.

Nadie a mí me debe nada;
yo a nadie nada le debo,
lo mismo que dije entonces
lo digo en este momento:

- "Quien no obtuvo recompensa
tras vano e inútil intento,
cuatro años más de paciencia
debe tener, por lo menos.

Y endulce su larga espera
con los mismos caramelos
que hace ya unos cuantos años
se la endulzaron a aquellos".

Y después de este alegato
que el último sea, espero,
quisiera dar testimonio
y dejar constancia quiero,
de algo que aun siendo habitual
es mi deber exponerlo
y siempre fiel a mi estilo
lo ilustro con un ejemplo.

Me ocurrió ya hace unos años,
en un alto en el festejo,
cuando de buena mañana
decidí dar un paseo
de un chavea acompañado,
que ni su nombre recuerdo,

y un borrico destinado
al transporte y acarreo,
aparejado con salma,
cincha, albarda y más arreos.

Nada más salir de casa
a quien primero me encuentro
es a Antonio Navarrete
que estaba dando un garbeo.

Lógico por otra parte
y en cuenta hemos de tenerlo,
que al no ser hombre de fiesta
ni prodigarse en excesos
seguro se acostó pronto
para salir tempranero.

- ¡**M**uy buenos días, Antonio”!
- ¡**B**uenos días, Barrihuelo”!
- “¿**A** dónde vais tan temprano?”
- “**A** por uvas, a Valduengo,

a una viña del Riscal
enfrente de Cenicero,
con permiso, claro está,
de Fernando Salamero”.

- “**P**ues ya no estás para trotes”,
me soltó el muy puñetero,
- “por lo que si de algo sirve
te voy a dar un consejo:
que vaya andando el rapaz
y monta tú en el jumento”.

Cuando esto oyólo el chiquillo
se descabalgó al momento
sin oírle un refunfuño,
ni protesta, ni aspaviento,
montando así yo en el rucio
y agradeciendo el consejo,
por lo que a pie de reata
me fue siguiendo el chicuelo.

Retomamos la andadura
con paso firme aunque lento
y a la altura de los pinos
me topo con César Nieto
que viene dando pedales
cual un joven quinceañero.

-“**H**ay que joderse, - me dice-,
tú un hombrón hecho y derecho,
vas a lomos del pollino,
y este pobre rapazuelo
que no alcanza tan siquiera
dos medios palmos del suelo,
sin poder seguirte a penas
y de tropiezo en tropiezo”.

-“**P**ues igual tiene razón”,
pensé para mis adentros.

-“**S**úbete al asno,- le dije-,
luego de escuchar aquello,
-porque de aquí en adelante
ambos montados iremos”.

Con agilidad gatuna
de un brinco montó de nuevo,
prosiguiendo nuestra marcha
muy cerquita ya del Ebro.

Próximo a la Romañíguez
me encuentro a Carlos Izquierdo
que vuelve ya tras de dar
su cotidiano paseo.

-**N**o es por nada,- me espetó,
- e igual meterme no debo,
mas no creo equivocarme

si os digo, por lo que veo,
que anda el borrico muy justo
montando los dos a un tiempo.

¿**N**o veis que el pobre animal
no puede con vuestro peso?

-“**i**Pues nada, los dos abajo
y a pie haremos el trayecto”.

Y sin haber caminado
siquiera trescientos metros,
justito en la confluencia
con la subida de Cerio
y donde tiene la Seve
una casita de asueto,
nos sale la susodicha
a voz en grito diciendo:
- “**i**Vaya un par de gilipollas
que sois los dos, no lo entiendo!
sudando la gota gorda,
a pinrel y sin aliento
y el burrito descansado
sin carga y iala! tan fresco”.

Con la mañana mediada
regresábamos al pueblo
y tras abrevar al burro
y quitar los aparejos
así de un brazo al chiquillo
y le dije con afecto:
- “cuando salimos de casa
montabas tú, bien recuerdo;
después fuy yo quien subió
a los lomos del jumento:
ambos luego cabalgamos
y al final los dos al suelo.

Cuatro posibles había
y de los cuatro supuestos
a nadie le pareció
que hiciésemos lo correcto.

Que como ejemplo te sirva
y siempre presente tenlo,
esta lección que a la postre
nos dio el periplo campero:
haz siempre lo que te dicte
tu conciencia, lo primero,
y de tus castas pelotas
haz lo que te salga luego,
porque hagamos lo que hagamos
ha de estar siempre mal hecho.

Y ante todo no hagas caso
de los mirlos vocingleros,
que son muy largos de pico
mas muy cortitos de vuelo,
que desaprueban, censuran
y vilipendian tu esfuerzo,
cuando jamás en su vida
ni mucho, ni poco han hecho”.

Y ahora quisiera contaros,
un excepcional suceso,
una espantosa tragedia
al más puro estilo griego
del cual es protagonista
un hombre sensato y recto,
virtuoso del saxofón
cual es Félix Escudero.

El día de Jueves Santo
de este año más bien longevo,
tocaba en la procesión

con la banda de este pueblo.

Con elegancia y buen porte
lucía su traje negro,
y el nudo de la corbata,
era un nudo Windsor medio.

Se abría la Procesión
con la Cruz de los Manteos,
seguido del Ecce Homo
y la Dolorosa luego;
a reverente distancia
con semblantes circunspectos
los músicos de la Banda
en armónico cortejo,
bajo la genial batuta
del maestro Diego Moreno,
mientras sonaba la marcha
"Los Hermanos Costaleros".

Mas justamente al pasar
por la casa de los hierros,
sintió la necesidad
urgente de hacer de cuerpo,
sufriendo retortijones
cada vez más manifiestos.

A cada paso que daba
el pistón iba cediendo,
por lo que sin remisión
escapándosele fueron
primero un par de corcheas,
una semifusa luego,
de vez en cuando un falsete,
yendo de piano a "crescendo",
seguido por un "vibrato",
un fa sostenido excelso
y acabando por sonar
la partitura al completo
pero todo por el sitio,
justo por el sitio opuesto,
por do debiera sonar
todo instrumento de viento.

Caracol que tras él iba
padeciendo aquel concierto
le espetó con cierta sorna:
-"presiento por lo que veo
que no llegas sin cagarte
a lo que era antes correos".

Como Félix no aguantaba
no esperó más, dicho y hecho;
salió de la formación
con el saxofón al cuello,
entrando más que apurado
al Hotel Villa de Elciego,
para aliviar de inmediato
el apretón puñetero.

Acabado el cometido
y tras concienzudo aseo,
quiso otra vez al desfile
incorporarse de nuevo.

Por divina maldición
se produjo un contratiempo
pues la puerta del retrete
se atrancó con él aun dentro.

Fueron arduos e ingeniosos
e inútiles sus intentos
por desatranca la puerta
de aquel váter traicionero.

Comenzó a dar alaridos,
fruto más bien de los nervios,

por si alguien al escucharle
ponía fin a su encierro.

Mas por culpa de la Banda
nadie oía sus lamentos,
mientras ésta proseguía
su camino a paso lento,
sin reparar en la ausencia
del músico prisionero.

Como pasaban las horas
y aun duraba el cautiverio,
a veces se entretenía
afinando su instrumento.

Pero lo más asombroso,
lo más chocante de aquello,
es que ninguno en la banda
lo llegara a echar de menos.

Por lo que dicen que dicen,
por lo que andan diciendo,
que cuando al fin lo sacaron
del casual confinamiento
diez días resucitado
llevaba ya el Nazareno.

Después de aquellas palabras
quedóse todo en silencio
escondiendo su semblante
tras sus manos como el hielo,
unas manos agitadas
entre temblores ligeros.

Al cabo de corto rato
y ojos de lágrimas llenos,
mas con muy lúcida mente
se despedía diciendo:

-**E**n la plaza de mi pueblo,
justito aquí donde me hallo,
tiene al principio una torre
y muy cerquita, a su lado,
la gran "Casa de los Hierros",
un magnífico palacio.

En el centro se halla un quiosco
altivo y remodelado
y justo frente por frente
del consistorio sus arcos.

Más de cuarenta años hace,
como quien dice hace un rato,
descendí por vez primera
de aquella ermita en lo alto.

Y os diré que en esa ermita
hay un hermoso retablo,
en el cual se halla una imagen
perpetuamente velando
el devenir de sus gentes,
de sus vecinos amados
y es la Virgen de la Plaza,
la Virgen de quien os hablo.

Hace ya bastante tiempo,
cuarenta y dos hace este año,
la vez primera que el menda
procesionó estupefacto,
sintiendo algo que en mi vida
jamás pude ya olvidarlo
y decía: "¡Vaya tela!"
porque yo no digo tacos.

Y aun recuerdo aquel momento,
porque era algo extraordinario,
ver en lo alto a la Virgen
portada por sus paisanos,

ceñidos a los varales
poco a poco, paso a paso,
al ritmo de alguna marcha
que la banda iba tocando.

Y hay algo que desde entonces
siempre lo tuve muy claro:
no hay Virgen más elegante
ni a quien se la quiera tanto.

Cuando el ocho de septiembre
se pasea entre los plátanos
de la Plaza de este pueblo,
la miran maravillados
y la amparan con sus ramas
cuando pasa por debajo.

Y es un aroma muy suyo,
es un aroma muy raro,
igual de rara es la música
que tañen el empedrado
arrastrando los compases
de los sonorosos zapatos.

Cuando crecí y me hice un hombre
fueron los años pasando;
tras de mi Virgen, hoy día,
hay veces que ya no salgo.

Mas sin estar yo la veo
aunque no vaya a su lado,
pasando por La Florida,
la Concepción, calle abajo
y espléndidamente hermosa
al cruzar la Calle el Barco.

Y todo eso lo imagino
entre lágrimas llorando
y siento cuando se mece
mi corazón bajo palio
que mi sangre huele a incienso
y mi pulso cambia el paso.

Septiembre hoy del dos mil once,
me sorprendo contemplando
iqué prisa tiene la vida!
icómo el tiempo va pasando!"

FIN